

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO
FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 14 DE FEBRERO DE 1901

NÚM. 534

✻ DIRECTOR, J. F. Luján ✻

CRÍTICA FEMENINA



—¿Una mujer que desprecia á un vejeté millonario y corresponde á un rival de éste, modesto, inteligente y guapo?... ¡Jesús, y qué poco conoce á las mujeres el autor!

PEDRO MOTILBA

El día de hoy es día tristísimo para esta casa.

Siempre ha estado vivo el recuerdo de Pedro Motilba en nuestro corazón; pero hay instantes en la vida en que se establece una intensa continuidad de sentimiento, y reproduce éste su forma más aguda, despertando dentro del alma el dolor dormido: hoy es el aniversario del generoso é inolvidable amigo; el de una muerte tan sentida aún entre los suyos, que no tiene la pluma términos con que recordar la fecha dolorosa.

Y ¿cómo no han de reverdecer estas amarguras? Uno de sus cariños más intensos fué LA SAETA; uno de sus orgullos la prosperidad y el engrandecimiento de esta publicación, que parecía adquirir para él forma de criatura mimada. Pues en esos mismos amores y en esos orgullos mismos confundimos á la par nuestros entusiasmos, y desaparecido el que á la vez parecía para nosotros padre y compañero, nuestra preocupación constante es mantener el fuego inextinguible de su memoria, trabajando infatigablemente por conservar la vida de LA SAETA al calor de la confianza que le dispensa el público.

No podemos rendirle, en verdad, mejor homenaje que continuando y defendiendo la obra que nos legó.

B. PÉREZ GALDÓS

El triunfo de Pérez Galdós es una gloria más para esta España que parecía irredenta: en la hora lúgubre de su inconcebible catástrofe, Dios le ha querido señalar el único camino de salvación: al predicamento del ilustre Cajal, se une el predicamento de Galdós el grande: Dios, sabiduría, ha trazado con un dedo de luz el destino de nuestra Patria en el predominio de la inteligencia.

Es justo repetir la imagen: cuando toda la España tradicional, la España de las conquistas, de las depredaciones, de los vínculos, de los derechos detentadores (bajo la fórmula de privilegios) del derecho humano y civil, de la reacción que destruye, si no el germen, todo fruto de cultura: cuando toda esa España, en fin, sucumbe y cae en la más negra sima de las derrotas, surgen los únicos que pueden redimirla y levantarla á los ojos del extranjero, propicio á echar sobre ella el estigma de los réprobos, de los impotentes, de los ilotas. Nó, España no es un cuerpo muerto y que huele á podredumbre: y que es un cuerpo vivo se han encargado de probarlo en la misma hora lúgubre de su desgracia, Sorolla, Benlliure, Cajal, Galdós, triunfando unos contra los mismos que nos miraban desdeñosa ó compasivamente, otros contra los que se disponían á cebar sus fuerzas en la flaqueza de la nación; triunfando, en fin, por las Artes, por la Ciencia, por las Letras, cuyas victorias han señalado siempre en la historia de las civilizaciones la prosperidad y la grandeza de los pueblos.

Con emoción vivísima, con lágrimas en los ojos me he enterado de la victoria conseguida en «Electra» por Galdós, el artista puro, como dice con frase feliz Mariano de Cavia. Yo sabía que Galdós tenía que triunfar en el teatro: lo tengo dicho en distintas ocasiones, y principalmente hablando de «Voluntad». Permítaseme el orgullo de haber sido buen profeta, no porque en ello haya mérito alguno, pues el mérito está en el propio Galdós, sinó por la intensa é indescriptible alegría que inunda mi alma. Y nó, conste, nó por apasionamiento al egregio, al soberano príncipe de nuestra literatura, sinó porque con Galdós triunfa el Arte y en el Arte se gloria á mi nación.

Más tarde, cuando haya leído la obra, ó cuando se represente en esta capital, si conseguimos pronto esta fortuna, hablaré de «Electra», que algunos discuten; yo no creo que la victoria de Galdós sea puramente circunstancial. Entre tanto, repito, que pese á quien pese, la España medioeval ha muerto: renace la España nueva, la joven.

¡Juventud, el porvenir es nuestro! ¡Oh juventud, si amamos á España, aclamemos á nuestro jefe Galdós!

J. F. Luján.

DINA

UÁLGAME Dios y qué cara de espanto la del anciano sacerdote! Rodeado de una comitiva de seres que parecían forajidos, cuando se volvió al padrino para preguntarle qué nombre pondría á la niña que iba á bautizar en aquel momento, un hombre bajo de cuerpo, ancho de hombros y enjuto de cara se adelantó de entre los grupos, diciendo:

—¡Póngale usted Dinamita!

—¡Pero!...—objetó tímidamente el sacerdote.

—¡Dinamita le he dicho á usted!... Soy su padre y quiero que mi hija se llame así.

El bueno del sacerdote, queriendo armonizar los preceptos de nuestra Santa Madre Iglesia con las ideas triunfantes, queriendo dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César; después que libró una rápida batalla dentro de su espíritu, transigió al cabo, y llenando de agua bendita la concha de plata, la volcó sobre la cabecita rubia de la muchacha, diciendo al mismo tiempo:

—María Dinamita de la Santísima Trinidad. Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo, etcétera.

* * *

La dinamita había triunfado en toda la línea.

Los relucientes escudos de la rancia nobleza habían desaparecido de los pórticos de los palacios, y todas las antiguas instituciones se habían derrumbado con estrépito, sobreviviendo á su ruina un grito de hambre y una cargada de desprecio.

La sociedad estaba salvada.

Los mineros, desde el fondo de la mina, dijeron un día:

—Nosotros tenemos el plomo antes que los soldados; pues bien: es nuestro y es justo que hiera antes el pecho de los burgueses.

Los forjadores de armas, añadieron lo mismo:

—Nosotros las utilizaremos primero.

Y después de una noche en que tronaron los cañones, blasfemaron los hombres y murieron los héroes, un rayo blanco de la mañana iluminó triunfante la bandera negra.

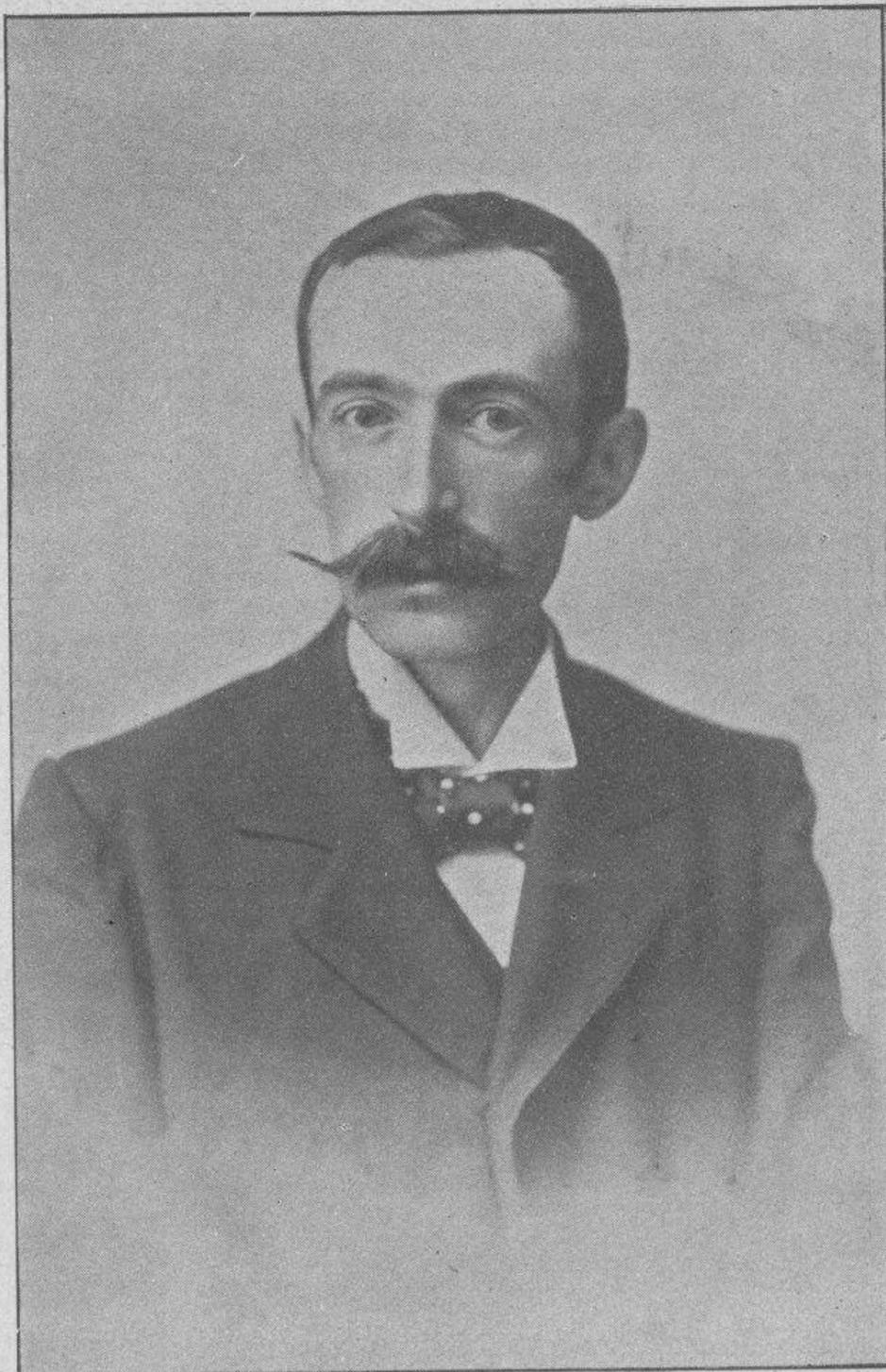
El Liberal y *el Heraldo* eran en aquella época publicaciones parecidas á la *Revista del Sagrado Corazón*, y su lectura era solamente propia de personas piadosas y pusilánimes que no pudieron ser regeneradas por el Jordán de pólvora de la catástrofe.

«*La Metralla* era el periódico de mayor circulación.»

En los círculos aristocráticos, en la Academia Española, en todos los centros docentes era esperada con verdadera fiebre y sus editoriales eran únicamente celebrados y acaloradamente discutidos.

Decía en su número *La Metralla*:

«¡Imbéciles! ¿Llegasteis á creer que con el



† MANUEL PASO

triunfo de la anarquía se desquiciarían los mundos?

Pues ya habéis visto que no.

No ha sucedido nada de particular.

Nos presentaron vuestros antepasados en el estúpido siglo diez y nueve, cómo se enseña á una fiera.

Después que no teníamos pan que llevar á la boca ni afectos que llevar al alma; después que nos motejaron aquellos canallas de «asesinos», «ladrones» é «incendiarios»; después que nos chuparon la sangre, nos ametrallaron en medio de las calles. ¡Ah valientes!

La dinamita ha triunfado gracias á Dios, y el orden es perfecto.

¿No habéis tenido más de «dos mil años» el usufructo de los placeres, de las comodidades, de la hermosura y de la autoridad y aun de la misma virtud?

¿No es justo ahora turnemos y que otros dos mil años gocemos de las mismas primicias de que gozasteis vosotros?

¿Creéis que no? ¡Ah ladronzuelos! Cuando transcurran veinte siglos os devolveremos el mundo tal como lo hallamos al triunfar.»

Así terminaba el editorial de *La Metralla*.

*
**

Dinamita era entonces la mujer de moda de Madrid. Su padre había alcanzado brillantísima posición y Dina (que así le llamaban) unía la riqueza á la virtud y la belleza al candor. Una madeja de pelo rubio semejante á un fagonazo de oro envolvía casi todas las líneas de su gallarda cabeza y á veces su cabellera se derramaba en bucles yendo á posarse en los arranques de su levantado seno. Dina amaba en silencio.

La sola iniciación de su amor bastaba para que el mundo elegante se hubiera reído á carcajadas.

Una noche recibió la siguiente carta:

«Dinamita de mi alma... ¡Ya no puedo más! Maldigo al cielo que me dió el nombre que tengo. ¡Alma de mi alma! ¡Tuve yo la culpa de nacer como he nacido? ¡Yo quisiera ser de tu estirpe! Pero el amor nos hace iguales. ¡Si, Dinamita, créeme, iguales! Así me lo has dicho y así es,



Abre bien tus lindos ojos,
morena de mis ensueños,

me coges dentro, los cierras...
¡Qué ataúd para mi cuerpo!...

porque tú no puedes engañarme. Soy pobre, pero soy honrado.

»Tú eres rica, el dinero y la posición social nos separa. Iré muy lejos en busca de fortuna y nombre para ser digno de ti. Ruega á Dios que me ampare y favorezca. Adiós, El que quisiera ser rey de los dinamiteros.

»Tuyo,
El Infante don Manuel.»

*
**

Dinamita lloró con desesperación.

—Le amo,—dijo,—y si le amo, ¿qué importa que sea infante, si es bueno y me ama? ¿No le entregué mi corazón? ¿Qué inconveniente he de tener entonces de unir mi nombre al suyo? ¡Maldita sociedad llena de preocupaciones!

*
**

Lo que sucedió en la casa del acaudalado dinamitero no es para contado.

Dinamita refirió á su padre la pasión que le atormentaba el alma, y el venerable anciano, loco de dolor, se cubrió el rostro con ambas manos, exclamando:

—¡Qué vergüenza, Dios mío! ¡Mi hija enamorada de un infante!

Personas respetabilísimas afearon semejante pasión, exclamando:

—Eso es una locura, es imposible.

—Eso es lo mismo que si en el siglo XIX Ravachol hubiera pedido por esposa á la duquesa de Medinaceli.

—Si fuera mi hija la mataría antes.

*
**

¡Dinamita suplicó mucho y lloró mucho más!

—¡Padre mío!—decía.—La felicidad no está en la igualdad de posición, está en la identidad de afectos.

El amor de padre triunfó del orgullo del hombre, y Madrid presenció con escándalo la boda de Dinamita y el Infante. Desde aquel día todos los salones aristocráticos se cerraron para la hermosa Dinamita, que hacía dimisión de su abolengo; y ninguna persona de «viso» volvió á tratar al anciano padre.

—Me he sacrificado por mi hija y soy feliz,—exclamaba el padre, mientras la «high life» de la dinamita decía en sus salones:

—¡Ese hombre es imposible! Hay que evitar todo trato con él, porque es demasiado «liberalote».

MANUEL PASO.

BELLAS ARTES



PRIMAVERA

UN SUEÑO REDENTOR

A DON HELIODORO MARÍA JALÓN

ADOLFO opinaba que no era su vida para llegar á viejo. En su casa reinaba un especial desorden: los criados no cumplían á conciencia con su deber y cobraban subidos salarios. Aquello era una verdadera Babel. Adolfo era riquísimo; había heredado de sus padres una cuantiosa fortuna, y, no obstante la excelente posición que disfrutaba, profesaba un odio cruel al matrimonio. Muchas fueron las mujeres que le gustaron; ninguna llegó á enamorarle lo bastante para hacerle cambiar su vida inquieta y aburrida por la deliciosa y pacífica que el matrimonio proporciona cuando los cónyuges se aman.

¡Pero no había más remedio! Aquella noche lo dejó todo decidido: se casaba, y muy pronto. Buscaría una mujer encantadora con cuerpo seductor y alma pura; alquilaría un precioso piso con todo el *comfort* y las comodidades posibles, y allí vivirían los dos en perpetua luna de miel, en idilio constante.

Echó dos troncos en la chimenea, que ya iba apagándose, y con el grato calor que despedía, quedóse dormido pensando en su cercana felicidad.

* *

¡Qué sueño tan pesado! Parecía aquello un presagio terrible, un anuncio providencial. Adolfo se veía unido ya por lazo indisoluble con una joven de cuerpo seductor, como él la había soñado; pero con un alma impura cual las de muchísimas mujeres. Aquella infame le engañaba miserablemente.

Acababa de recibir Adolfo pruebas palpables de su infidelidad; las estaba viendo y no quería resignarse con la dura suerte que la realidad le imponía. Su esposa había huído de la senda del bien, internándose en el tenebroso camino del pecado; había despreciado el amor sincero de su enamorado marido, por otro interesado y abominable; ¡había faltado á sus deberes de casada y labrado su deshonor y la de Adolfo! Las pruebas eran clarísimas; no cabía la más ligera duda. La verdad triunfaba.

* *

Adolfo se despertó nervioso, asustado; miró en derredor; dudó un rato y llamó, por fin, á su criado con voces de alarma.

—¿Qué desea el señorito? - dijo el sirviente, que acudió presuroso.

—¿Dónde está mi esposa?—preguntó Adolfo, lleno de intranquilidad é incertidumbre.

—Pero ¿está casado el señorito?—respondió el criado.

—¿No lo estoy?

—Al menos, así me lo dijo el señorito cuando hace una semana entré á su servicio.

—¡Ah!—dijo Adolfo con aire de orgullo y con completa tranquilidad.—No estoy casado... ¡ni lo estaré nunca!

FERNANDO FRANCO FERNÁNDEZ.

AL SOL

No busco inspiración. Me importa un pito que me inspiréis ó no, musas de Apolo; pues yo en mi soledad no os necesito, ni nada de vosotras solicito, que para hablar del *sol* me pinto *solo*.

Sol, que en días pasados tuviste, como Dios, adoradores, ¿qué sería, sin ti, de los *soldados*? y ¿qué de los *solteros solapados* que ocultan sus *insólitos* amores?

¿Quiénes *consolarían* á las pobres *niñeras desoladas* que en ti quedarían sin *soldados*, ¡oh *sol!*, y sin *soldadas*...

Nada hay *solemne* cuando tú no asistes. En el invierno aparecemos tristes cuando falta la luz que en ti *acrisolas*; mas, *solicito* tú, de oro te vistes y á prestarnos *solaz* vienes á *solas*.

En cambio, en el estío te complaces *soltando* un mar de fuego que *aniquila*, y, émulo de *Badila*, *solamente* en picar te *satisfaces*, y ¡maldita la falta que nos *haces*!

Tú, *disoluto* á veces, sueles tomar de noche una *jumera*, y ¡adiós la luz de nuestra pobre esfera si *nublado* amaneces!...

Ello no obstante, todos te adoramos. Quien la tiene, te guarda en la *consola*; otros en la *solapa* te llevamos ¡y hasta en la *camisola*!

Guardas el *mausoleo* á los difuntos que tienen *mausoleo*; riges del *insolvente* los asuntos (aunque, según yo creo,

no te suelen amar los *insolventes*); y hasta permites que te llamen feo á aquellos que *solfean*. ¡*Insolentes*!

Tú eres en *absoluto* necesario, sobre todo en el rico *solomillo* y en el no menos rico *solitario*...

Mas ¿ya tu disco de encendida grana hundes, al fin, en los profundos mares? Pues ceso de cantar. Hasta mañana.

Si quieres más cantares...

aun me puedo arrancar por *soleares*.

A. SERRA CUBELLS.

ELECTRA

(FRAGMENTOS)

ACTO IV

MÁXIMO (*con ardiente palabra en toda la escena*).—¡Altol... Me dice el marqués que de aquí, después de una larga conversación con usted, salió Electra en ese terrible desvarío.

PANTOJA (*turbado*).—Aquí... cierto... hablamos... La niña...

MÁXIMO.—Mordida fué por el monstruo.

PANTOJA.—Tal vez... Pero el monstruo no soy yo. Es un monstruo terrible, que se alimenta de los hechos humanos. Se llama la Historia. (*Queriendo marcharse.*) Adiós.

MÁXIMO (*le coge fuertemente por un brazo*).—¡Quieto! Va usted á repetir ahora mismo lo que ha dicho á Electra ese monstruo de la Historia para ponerla en tan gran turbación.

PANTOJA (*sin saber qué decir*).—Yo... Ante todo, conviene asentar previamente que...

MÁXIMO.—No quiero preámbulos... La verdad concreta, exacta, precisa... Usted ha ofendido á Electra, usted ha trastornado su entendimiento... ¿Con qué palabras, con qué ideas? Necesito saberlo pronto, pronto. Se trata de una mujer que es todo para mí en el mundo.

PANTOJA.—Para mí es más: es los cielos y la tierra.

MÁXIMO.—Sepa yo al instante la maquinación que ha tramado usted contra esa pobre huérfana, contra mí, contra los dos, unidos ya eternamente por la efusión de nuestras almas; sepa yo qué veneno arrojó usted en el oído de la que puedo y debo llamar ya mi mujer. (*Pantoja hace signos dubitativos.*) ¿Qué dice? ¿Que no será mi mujer? ¡Y se burla!

PANTOJA.—No he dicho nada.

MÁXIMO (*estallando en ira, con gran violencia lo acomete*).—Pues por ese silencio, por ese silencio, por esa burla, máscara de un egoísmo tan grande que no cabe en el mundo: por esa virtud, verdadera ó falsa, no lo sé, que en la sombra y sin ruido lanza el rayo que nos aniquila (*le agarra por el cuello y le arroja sobre el banco*); por esa dulzura que envenena, por esa suavidad que estrangula, confúndate Dios, hombre grande ó rastro, águila, serpiente ó lo que seas.

PANTOJA (*recobrando el aliento*).—¡Qué brutalidad!... ¡Infame, loco!...

MÁXIMO.—Sí, lo soy. Usted á todos nos enloquece. (*Reponiéndose de su ira.*) ¡Qué, si no usted, ha tenido el poder

diabólico de desvirtuar mi carácter, arrastrándome á estas cóleras terribles? Sin darme cuenta de ello he atropellado á un ser débil y mezquino, incapaz de responder á la fuerza con la fuerza.

PANTOJA (*incorporándose*).—Con la fuerza respondo. (*Volviendo á su ser normal, se expresa con calma sentenciosa.*) Tú eres la fuerza física; yo soy la fuerza espiritual. (*Máximo le mira atónito y confuso.*) Puedo yo más que tú, infinitamente más, ¿lo dudas?

MÁXIMO.—¿Qué puede más?

PANTOJA.—La ira te sofoca, el orgullo te ciega. Yo, maltratado y escarnecido, recobro fácilmente la serenidad, tú no; tú tiemblas, Máximo; tú, que eres la fuerza, tiemblas.

MÁXIMO.—Es la ira que aun está vibrando... No la provoque usted.

PANTOJA (*cada vez más dueño de sí*).—Ni la provooco ni la temo. Porque tú me maltratas y yo te perdono.



Ha de admirar á la gente esta danza original,

por su efecto sorprendente con traje tan especial.

La Saeta

MÁXIMO.—¡Que me perdona! ¡A mí! Se empeña usted en que yo sea homicida y lo conseguirá.

PANTOJA (*con serena y fría gravedad, sin jactancia*).—Enfurécete, grita, golpea. Aquí me tienes inmovible... No hay fuerza humana que me quebrante, no hay poder que me aparte de sus caminos. Injúriame, hiéreme, mátame; no me defiende. El martirio no me arredra. Podrá la barbarie destruir mi pobre cuerpo que nada vale; pero lo que hay aquí (*en su mente*) ¿quién lo destruye? Mi voluntad, de Dios abajo, nadie la mueve. Y si acaso mi voluntad quedase aniquilada por la muerte, la idea que sustento siempre quedará viva, triunfante.

MÁXIMO.—No veo, no puedo ver ideas grandes en quien no tiene grandeza, en quien no tiene piedad, ni ternura, ni compasión.

PANTOJA.—Mis fines son muy altos. Hacia ellos voy... por los caminos posibles.

MÁXIMO (*aterrado*).—¡Por los caminos posibles! Hacia Dios no se va más que por uno: por el del bien (*con exaltación*). ¡Oh, Dios, tú no puedes permitir que á tu reino se llegue por callejuelas obscuras ni que á tu gloria se suba pisando los corazones que te aman! ¡No, Dios, no permitirás eso, no, no!... ¡Antes que ver tal absurdo, veamos toda la Naturaleza en espantada ruina, desquiciada y rota toda la máquina del Universo!

PANTOJA.—¡Sacrilego, ofendes á Dios con tus palabras!

MÁXIMO.—Más le ofende usted con los hechos.

PANTOJA.—Basta. No he de disputar contigo. Nada más tengo que decirte.

MÁXIMO.—¿Nada más? ¡Sí! falta todo! Ahora va usted conmigo en busca de Electra, y en presencia de ella ó esclarece usted mis dudas y me saca de esta ansiedad horrible, ó perece usted y perezo yo, y perecemos todos... Lo juro por la memoria de mi madre.

PANTOJA (*después de mirarle fijamente*).—Vamos.

ACTO V

ESCENA III

MARQUÉS.—Aquí aguardaremos.

MÁXIMO (*viendo á Evarista*).—¡Ay, quién está aquí! Tía... (*La saluda con afecto.*)

EVARISTA (*respondiendo al saludo del Marqués*).—Marqués... ¿Conque al fin hay esperanzas de ganar la batalla?

MARQUÉS.—No lo sé... Luchamos con una fiera de muchísimo sentido.

EVARISTA.—Y tú, Máximo, ¿crees...?

MÁXIMO.—Que el monstruo sabe mucho, y es maestro consumado en estas lides. Pero... confío en Dios.

EVARISTA.—¿Tú también?

MÁXIMO.—Naturalmente: en Dios confía quien adora la verdad. Por la verdad combatimos.

¿Cómo hemos de suponer que Dios nos abandone? No puede ser, tía.

DON URBANO.—Al pasar por estos patios, ¿has visto á Electra?

MÁXIMO.—No.

DOROTEA (*asomada al ventanal*).—Ahora pasa. Viene del cementerio.

MÁXIMO (*corriendo al ventanal con don Urbano*).—¡Ah!... ¡qué triste, qué hermosa! La blancura de su hábito le da el aspecto de una aparición. (*Llamándola*). ¡Electra!

DON URBANO.—¡Silencio!

ESCENA IV

PANTOJA (*avanzando despacio*).—Señores, perdónenme si les he hecho esperar.

MÁXIMO.—Enterado el señor Pantoja del objeto que nos trae á La Penitencia, no necesitaremos repetirlo.

MARQUÉS (*benigno*).—No lo repetimos por no mortificar á usted, que ya dará por perdida la batalla.



A saber que, pasional,
un beso le estamparía,

¿quién al Infierno no iría
buscando el original?



Buscándote un defecto, el otro día
las horas muertas ante tí pasé,

y, por fin, ángel mío, lo dejé,
no hallándote otro más, que no ser mía.

PANTOJA (*sereno, sin jactancia*).—Yo no pierdo nunca.

MÁXIMO.—Es mucho decir.

PANTOJA.—Y aseguro que Electra, que sabe ya despreciar los bienes terrenos, no aceptará la herencia.

MÁXIMO (*conteniendo su ira*).—¡Oh!...

EVARISTA.—Ya lo ves: este hombre no se rinde.

PANTOJA.—No me rindo... nunca, nunca.

MÁXIMO.—Ya lo veo. (*Sin poder contenerse.*) Hay que matarle.

PANTOJA.—Venga esa muerte.

MARQUÉS.—No llegaremos á tanto.

PANTOJA.—Lleguen ustedes donde quieran. Siempre me encontrarán en mi puesto, inmovible.

MARQUÉS.—Confiamos en la Ley.

PANTOJA.—Confío en Dios.

MÁXIMO.—La Ley es Dios... ó debe serlo.

PANTOJA.—¡Ah, señores de la Ley! Yo les digo que Electra, adaptándose fácilmente á esta vida de pureza, encariñada ya con la oración, con la dulce paz religiosa, no desea, no, abandonar esta casa.

MÁXIMO (*impaciente*).—¿Podremos verla?

PANTOJA.—Ahora, precisamente, no.

MÁXIMO (*queriendo protestar airadamente*).—¡Oh!

PANTOJA.—Tenga usted calma.

MÁXIMO.—No puedo tenerla.

EVARISTA.—Es la hora del coro. Quiere decir don Salvador que después del rezo...

PANTOJA.—Justo... Y para que se persuadan de que nada temo, pueden traer, á más del notario, al señor delegado del Gobierno. Mandaré abrir las puertas del edificio... Permitiré á ustedes que hablen cuanto gusten con Electra, y si ella quiere salir, salga en buen hora...

MARQUÉS.—¿Lo hará usted como lo dice?

PANTOJA.—¡Cómo no, si confío en Dios! (*Se miran en silencio Pantoja y Máximo.*)

MÁXIMO.—Yo también.

PANTOJA.—Pues si confía, aquí le espero.

MARQUÉS.—Volveremos esta tarde. (*Coge á Máximo por el brazo.*)

PANTOJA.—Y nosotros á la iglesia. (*Oyese órgano por la derecha.—Salen Urbano, Evarista y Pantoja.*)

ESCENA V

MARQUÉS.—¿Qué dices á esto?

MÁXIMO.—Que ese hombre, de superior talento para fascinar á los débiles y burlar á los fuertes, nos volverá locos. Yo no soy para esto. En luchas de tal índole, voluntades contra voluntades, yo me siento arrastrado á la violencia.

MARQUÉS.—¿Qué harías, pues?

MÁXIMO.—Llevármela de grado ó por fuerza. Si no tengo poder bastante, buscarlo, adquirirlo, comprarlo; traer amigos, cómplices, un escuadrón, un ejército... (*Con creciente valor y brío.*) Renacen en mí los tiempos románticos y las ferocidades del feudalismo.

MARQUÉS.—¿Y eso piensa y dice un hombre de ciencia?

MÁXIMO.—Los extremos se tocan. (*Exaltándose más.*) A ese hombre, á ese monstruo... hay que matarlo.

MARQUÉS.—No tanto, hijo. Imitémosle: seamos con él astutos, insidiosos, perseverantes.

MÁXIMO (*con brío y elocuencia*).—Seamos como yo: sinceros, claros, valientes. Vayamos á cara descubierta contra el enemigo. Destruyémosle, si podemos, ó dejémosnos destruir por él...; pero de una vez, en una sola acción, en una sola emboscada, en un solo golpe... ó él ó nosotros.

MARQUÉS.—No, amigo mío. Tenemos que ir con pulso. Es forzoso que respetemos el orden social en que vivimos.

MÁXIMO.—Y este orden social en que vivimos nos envolverá en una red de mentiras y de astucias, y en esa red pereceremos ahogados, sin casa.



—Si es que quieres ¡mi cariño,
te impongo la condición
de que has de ser mi marido.

defensa alguna... manos y cuello cogidos en las mallas de mil y mil leyes caprichosas, de mil y mil voluntades falaces, alevés, corrompidas.

MARQUÉS.—Cálmate. Preparemos el ánimo para lo que esta tarde nos espera. Preveamos los obstáculos, para pensar con tiempo en la manera de vencerlos. ¿Qué sucederá cuando le digamos á Electra que tú y ella no nacisteis de la misma madre?

MÁXIMO.—¿Qué ha de suceder? Que no nos creará... que en su mente se ha petrificado el error, y será imposible destruirlo. ¿Sabe usted lo que puede la sugestión continua, lo que puede el ambiente de esta casa sobre las ideas de los que en ella habitan?

MARQUÉS.—Emplearemos, pues, medios eficaces.

MÁXIMO (*con mayor violencia*).—Eficacísimos, sí; pegar fuego á esta casa, pegar fuego á Madrid...

MARQUÉS.—No disparates... En caso de que la niña no quiera salir, nos la llevaremos á la fuerza.

MÁXIMO (*muy vivamente hasta el fin*).—O la fuerza vencedora ó la desesperación vencida... Moriré yo, morirá ella, moriremos todos.

MARQUÉS.—Morir, no; vivamos muy despiertos. Preparémonos para lo peor. Ya tengo las llaves para entrar por la calle nueva. La hermana Dorotea nos pertenece... ¡Chitón!

MAXIMO.—¡A la violencia!

MARQUÉS.—¡Astucia, Máximo!

MAXIMO.—¡Por el camino derecho!

MARQUÉS.—¡Por el camino sesgado! (*Cogiéndole del brazo.*) Y vámonos, que nuestra presencia aquí puede infundir sospechas.

MÁXIMO.—Vámonos, sí.

MARQUÉS.—Confía en mí.

MAXIMO.—Confío en Dios.

B. PÉREZ GALDÓS.

EPITAFIO

SEGURAMENTE, cuando lleguen á publicarse estas líneas, trazadas bajo el peso de un dolor irresistible —porque aun siento yo—, el nombre de Manuel Paso, modelo de precocidad en su generación literaria, y resurgido del olvido en que yacía, más que por indiferencia, por la ignorancia supina de un pueblo que sólo quiere *Guerras...* en las plazas de toros, únicamente vivirá en la memoria de los que lo tratamos en vida y vislumbramos en su alma, eternamente adolescente, las bondades y ternuras de un poeta todo corazón.

—¡Paso ha muerto!—exclamamos sus amigos, los enamorados del Arte, los que todo, hasta lo más preciso, lo posponemos al ideal, no de la gloria, sino instintivo y sistemático de la lucha del espíritu. (La gloria no debe de ser amada por venir de donde viene.)

—¡Murió Paso!—dicen hipócritamente los mediocres, marcando en un gesto un afán de conocer el *clou* del día.

—Era un chico que prometía,—objetan los menos, dándose tono de hombres de importancia. Y replican los más, los que no conocen el mundo y sus seres sino por su exterioridad:

—¡Tenía una gracia...!

Yo que conocía al ilustre poeta granadino —el poeta ayer por autonomasia de la ciudad de la Alhambra—; yo que lo traté íntimamente; yo que palpé, como si hubieran sido míos, los secretos más ignotos de su corazón; yo, en fin, que estreché más de una vez su fraternal mano —única prueba de afecto sincero que he tenido en el mundo, este mundo que odio, virgen de todo sentimiento noble y desinteresado—, no puedo menos de exclamar, trepidando en mi voz las convulsiones de la cólera:

—¡Bien muerto estás! ¡Para ser flor de pantano, más vale ser polvo!

MIGUEL DE SILES CABRERA.

BELLAS ARTES



ANUNCIANDO LA PRIMAVERA

UNA SOIRÉE

COSTUMBRES FILIPINAS

(CONCLUSIÓN)

Dos niñas de diez y seis y diez y ocho años, tipos de su raza. Negra y abundante cabellera, coronando un rostro deprimido; nariz hundida en la raíz y de ancho y ampuloso remate; labios salientes y sin carmín; la color de castaña y el cuerpo escurrido y anguloso. Ausencia total de la línea curva, la línea de la belleza; la recta dominando todo el conjunto, hasta en el seno, deprimido é inerte como una tabla, y hasta en las caderas, escasas y diminutas.

El traje, el del país y el de las grandes solemnidades. Sobre nesgada falda de larga cola y de colores vivos, la camiseta ó chambra de piña, rica también de color y mangas anchísimas, y sobre los hombros y desde el pescuezo, el diminuto bordado pañuelo, cruzado bajo la barba. Ambas son colegialas, el *non plus ultra* de las jóvenes indias. Pasaron dos años en un colegio de Manila, y allí aprendieron á bordar en cañamazo, machacar al piano polkas y habaneras y un milésimo de castellano.

—Estás muy elegante, Arcadia.

—Me llamo Pelegrina.



—¿Por qué diría: Serrana, quién pudiera despertar muy cerquita de tu cara?...

—Es verdad; te confundí con tu hermanita. ¿Y con tanta elegancia tendrás sorbido el seso á alguno de estos jóvenes?

—No entiendo eso.

—Quiero decir que tendrás muchos galanes.

—¿Cosa galanes?

Una polka estruendosa y repentina vino á sacarme del compromiso de la definición.

Allá junto al piano, arrimado á la pared, distingo á una mestiza y allá me voy. Hay en su rostro chupado más nariz, más color y más dibujo y expresión, y habría más mujer si la sangre india no comprimiese la sangre española; si en esa conjunción de dos naturalezas predominase más el elemento superior. Tal sucede en la cuarterona; la fisiología marca en ella un paso más, y ya la europea se destaca de modo visible. En la mestiza, sin embargo, hay mucho de superior sobre la india. Pero su rostro inmóvil y sus grandes y negros ojos revelan cierta tranquila tristeza. ¿Por qué no sienten estas razas el hervor primaveral de la sangre? ¿Por qué parecen graves estos rostros y abismados en extrañas melancolías? Hasta la niñez es silenciosa y falta de expresión y movilidad.

—Estás muy elegante; pero también muy triste. ¿Sufres alguna honda pena? ¿Tal vez algún amor contrariado?

—No, señor.

—Pues ¿por qué esa tristeza en tu lindo rostro?

—No estoy triste; no, señor.

—¿Tú eres hija de español y tu padre está aquí?

—Está en España.

—¿Y te escribe?

—No, señor; no se acuerda de mí. Una historia como hay muchas.

La música toca un rigodón, el rigodón oficial, y fray Facundo saca al centro de la sala á capitana Honorata con su pareja, un encañamado y rozagante capitán, y al baile me lanzo yo también con la mestiza, mezclados y confundidos algunos jóvenes y buen contingente de principales de ambos sexos, pasaditos y maduros.

El baile es grave, serio y formal. Ni una frase, ni una mirada, ni una sonrisa. El indígena pone en las reverencias, pases y figuras su inteligencia, concentrada en sostenida atención, y no hay inteligencia para más. Sólo la voz de fray Facundo se oye clara y resonante; charla alegremente con una y otra pareja y todos los de su alrededor, y pasea su ampuloso hábito por todo el círculo, con la soltura y arrogancia de su carácter francote.

—Ahora, señores, á la cena, que lo manda la

capitana,—dijo, interrumpiendo súbitamente la danza; y á la sala inmediata nos dirigimos con lentos pasos hasta ocupar las sillas.—Las *principales* con el padre á la cabeza y las jóvenes al otro extremo.

—Pero ¿y los capitanes? ¿Y los jóvenes?—pregunté á mi vecina.

—No diga usted inconveniencias de vago; ellos no se sientan sino en ciertos casos á las mesas donde hay castilas.

Ellas es otra cosa, porque á ellas las salva la proverbial galantería española.

—No olvidaré la advertencia, padre.

La cena fué opípara, succulenta y abundante. Había allí para un batallón. La *tinola* fué el primer plato. En grandes soperos, pedazos de gallina y calabaza nadando en lagos de caldo amarillento. Después, en interminable lista, asados, fritos y estofados de vaca; pescados en salsa, aves, conservas, jamón y embutidos; todo en cantidad, tal es la distinción, y al lado de cada cubierto, abundante también la morisqueta.

Las niñas comieron á lo jilguero: cinco á seis fibras de carne, y á los postres una cucharadita de dulce. Por remate del festín, encendieron cada una un cigarrillo; la capitana Honorata y sus colegas, un tabaco puro de á cuarta. Para eso son capitanas.

—Ahora, capitana Honorata, bailará una danza del país, y en seguida las niñas lucirán sus habilidades en el piano y el canto.

Habló así el padre, y su orden fué obedecida.

La música entonó una tocata de carácter incierto, de melodía monótona, de matiz confuso y compás lento, y la reina de la fiesta, luciendo más que nunca su vistosa falda y su cola de vara y media, se lanzó á la fiesta, trayendo á remolque al directorcillo.

Hay algo del zortzico vasco en la danza filipina, y hay en sus carreras, fugas, reverencias, saltos y piruetas, algo de acción pantomímica, pero de caracteres bastante borrosos é indescifrables. Sentóse la capitana satisfecha y sudorosa y empezó la velada musical.

—Vamos, Pelegrina, al piano; y tú, Gliceria, á cantar.

Y salieron ambas sin más excusas ni remilgos, la cabeza echada al hombro y sujetando con ambas manos la cola.

No pude comprender la música, porque me



—Desde que le timaron las *pájaras* aquéllas, mi marido se empeña en no querer en casa ejemplares de este género. Y ¿quién alegraría mi soledad?

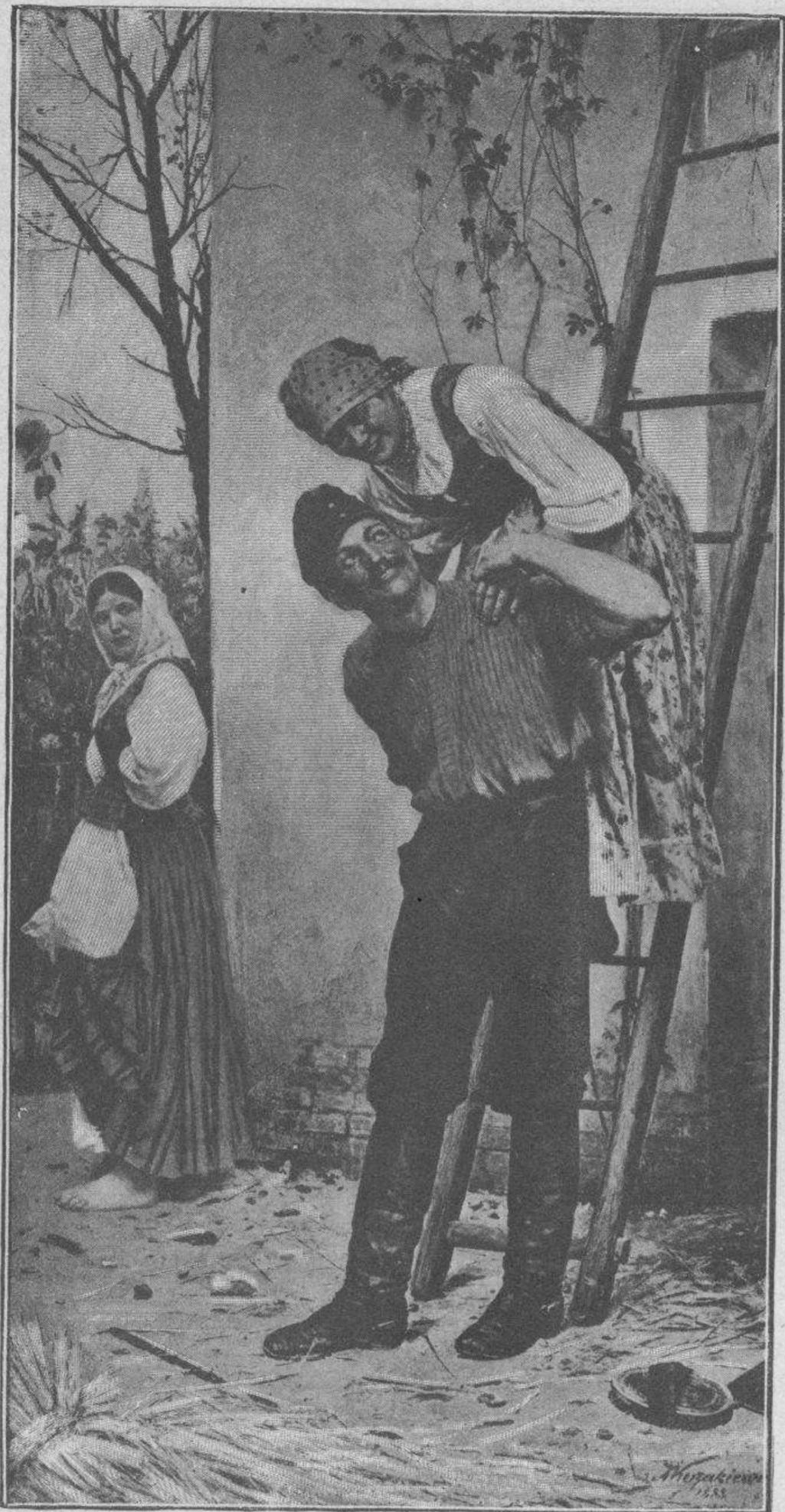
distrajo la artista, que, apoyada contra el piano y con la barba hundida en el pecho, contaba y repasaba con ambas manos, mientras cantaba, las cuentas del rosario que de su garganta pendía.

—Bien, muy bien. Ahora le toca la vez á la Marciana; á ver cómo ejecuta una cosa buena.

Y brotó del piano una habanera salpicada de tropezones y descuidos.

—Perfectamente. Ahora que acompañe la Arcadia y cante la Severina una canción del país.

Alta, escuálida y de subido color, la nueva artista echó el costado contra el extremo del piano y tendió una pierna hasta apoyar el pie en el travesaño de una silla. ¡Pero qué fatalidad! También en esta parte de la fiesta fui víctima de lamentable distracción; porque, sin quererlo, distinguí por un lado de la silla un zapato bajo, un calcetín hasta poco más arriba



—Déjate caer. ¡No seas tonta!
 —¡Mira que peso mucho!
 —¿Tú?... ¡Quia!

del tobillo, y desde allí los comienzos de una pierna huesosa, deslucida y parda. Sólo pude percibir un estribillo que, con aire y compás de habanera, decía:

Que son divinas
 las filipinas.

De repente, consternación general. La casa cruje y se tambalea, las lámparas oscilan con violencia, el piano golpea la pared de tabla y un árbol del cercado azota furioso las persianas con su ramaje.

¡Qué horrible es un temblor! ¡Qué horrible perder de repente la confianza en este suelo, firme y sólido asiento de nuestra planta, y sentir la tierra agitada como mar en tormenta, mientras la imaginación entrevé allá abajo abismos y la inteligencia se asombra ante la contemplación de ignoradas, gigantescas é incommensurables fuerzas!

Siguió, no obstante, poco después, la fiesta; pero fray Facundo y yo entrábamos en el convento pasados otros pocos minutos.

—Ahora cuénteme usted sus impresiones.

—¡Ay! ¡Fray Facundo, fray Facundo! No hay impresiones en el vacío.

—¡Jal ¡jal ¡jal! Ea, á dormir, y mañana será otro día.

QUIOQUIAP.

Un ingeniero que tiene la manía de utilizar toda fuerza, recibe en su casa de campo la visita de un amigo.

—¡Qué dura está la cancela de su casa!—dice el amigo.—Me ha costado un triunfo abrirla. Debe usted mandarla arreglar.

—Me guardaré mucho—contesta.—Tenga usted presente que obra sobre un sistema hidráulico, merced al cual, cada persona que entra en mi casa me saca del pozo dos cubos de agua para regar el jardín.

¡VETE!

¿Qué esperas?... ¿Qué quieres?...
 ¿Mi amor?... ¡Tú deliras!
 ¡Ya pasó aquel tiempo; ya no me conmueven
 llantos ni sonrisas!
 Ya mi alma no siente;
 ya ni tus caricias,
 no, ni aquellos besos, tus besos de fuego,
 harán que reviva.

Has sido perjura;
 y aunque en mi agonía
 te amara, mi orgullo, mi amor, mi conciencia
 te repudiarían.
 ¡Vete de mi lado!...
 ¿Qué esperas?... ¿Qué miras?...
 ¡Vete, si no quieres que, además de odiarte,
 mi alma te maldiga!

MIGUEL RIVAS.

LA MUJER

ALMA! ¡Corre, caballo!—decía Emilia, apellando al pobre *Veloz*, que, fatigado de tanto correr, apenas hacía caso del acicate.

—Yo creo que todo será inútil; nos alcanzarán,—murmuró Eduardo, joven de treinta años, que, montado en soberbio corcel, galopaba junto á Emilia.

—¿Tienes miedo?

—Miedo... sí: tengo miedo por ti.

—No desanimes; piensa que corremos tras la felicidad.

—¿Y si nos alcanza?

—¿No eres tú un hombre como él? ¿No llevas armas para defenderte y ampararme?

—Sí... Mas... un crimen...

—El amor es ciego; si es preciso matar, mata.

—¡Ay, Emilia!... ¡Creo que nos costará cara esta locura!

—Eres un cobarde indigno de mi cariño.

—¡Caballo, alma!...

—¿No oyes?... Se acerca; nos alcanzará pronto.

—¡Corre, *Veloz*!

Y los caballos galopaban furiosamente; las cabezas bajas, tan bajas, que casi tocaban al suelo; las narices hinchadas, cubiertas sus bocas de blanca espuma, sudados, jadeantes...

Y Emilia, hostigando al pobre *Veloz* sin piedad, clavándole bárbaramente la espuela en el vientre, del que manaba la sangre á borbotones, y gritando siempre:

—¡Alma, caballo!...

Pero no podía durar mucho aquella carrera loca. El pobre *Veloz* cayó para no levantarse más.

—¡Maldito!...—murmuró Emilia, dirigiendo una mirada iracunda al cielo.

—¡Estamos perdidos!—dijo él.

—¡Eres un cobarde!

—¿Qué debo hacer?...

—Esperarle oculto en aquel recodo; antes de cinco minutos pasará y entonces...

—¡Un crimen!...

—Si no lo haces tú lo haré yo; pero no cuentes conmigo.

—¡Tú quieres perderme!

—Quiero hacerte feliz.

Y le volvió la espalda.

* * *

Eduardo no era un cobarde y menos aún era traidor. Repugnaba á su conciencia matar á un hombre á mansalva; así es que no quiso esconderse. Esperó parado en medio de la carretera al esposo de Emilia.

No tardó en llegar.

—¡Mi esposa!—dijo cuando vió al amante.

—¡Defendeos!—balbuceó Eduardo.

—¡Mi esposa!—dijo otra vez.—¡Quiero á mi esposa!

Y como Eduardo intentase impedirle el paso, rápido como el pensamiento, sin vacilar, disparó sobre el infeliz dos tiros de revólver.

Y siguió caminando, y á los pocos pasos encontróse con el pobre *Veloz* tendido en medio de la carretera; pero por más que buscó no encontró rastro de la adúltera.

Y Emilia, cuando vió que Eduardo se dirigía al encuentro de su esposo, se internó por un bosquecillo que muy cerca de la carretera se encontraba.

Y desde allí pudo ver cómo su marido daba muerte á su amante.

Loca de terror huyó corriendo por aquel bosque, y después de mucho andar encontróse con un hombre, un cazador, al parecer, de barba negra y de ojos negros y brillantes.

—¡Salvadme, caballero! ¡Mi esposo quiere matarme!

Y el cazador, compadecido, se la llevó á su casa.

Y pocas horas después le decía ella á él:

—Te amo, te amaré toda mi vida; siempre seré tuya.

Y le besó en la boca.

FRANCISCO DE A. SOLER.

CANTARES REMENDADOS

*Si lo que pienso de ti
colgara de mis cabellos,
me hubiera que lado calvo,
porque cree que no -s muy bueno.*

*Cuando en la gloria penetres
déjate la puerta abierta.
Ya la cerrará San Pedro,
si es que el aire le molesta.*

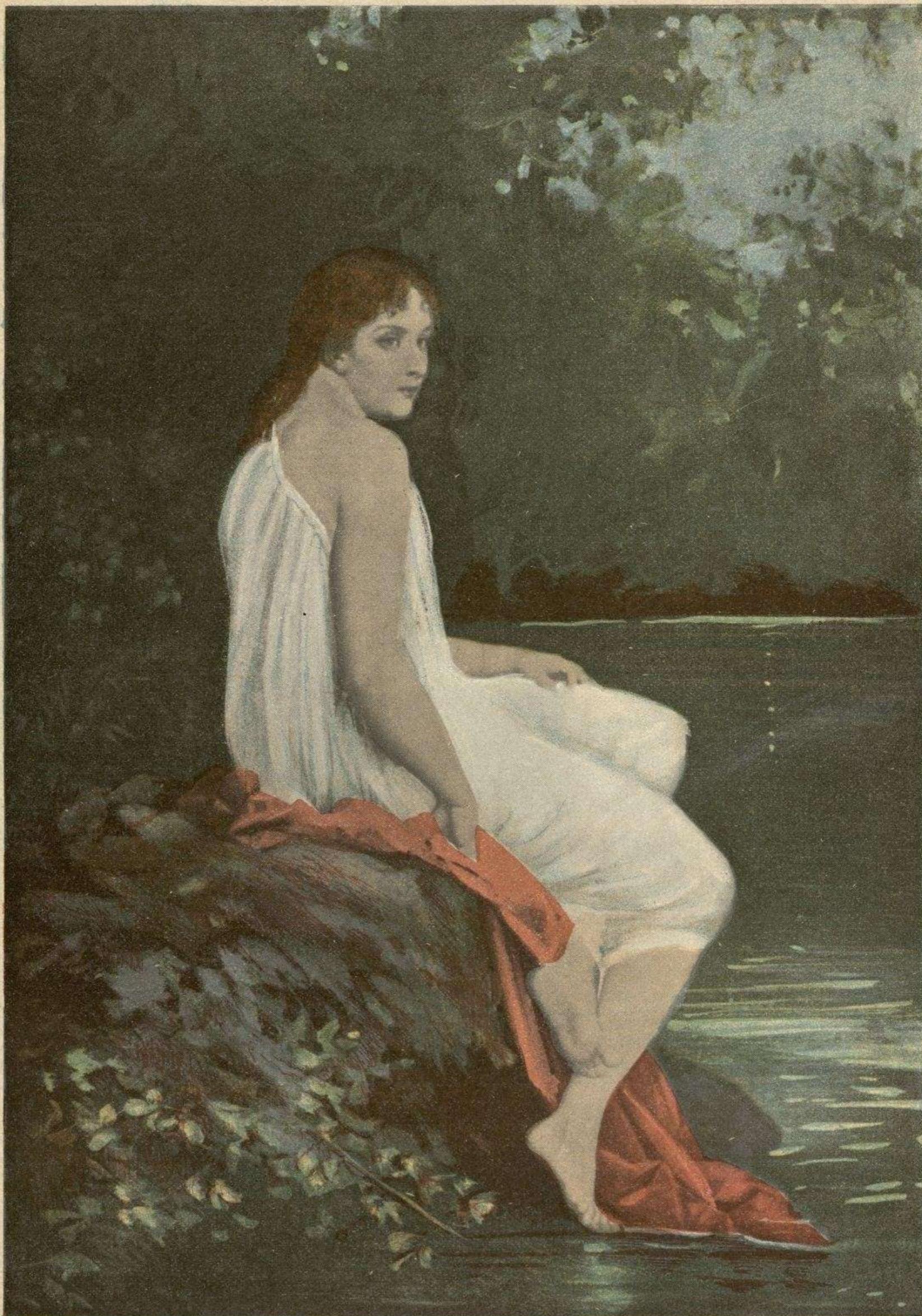
*La ilusión nace con alas
y, apenas nacida, vuela.
¡Lo mismo que las perdices!
Que me perdone el poeta...*

*A la luna contar quise
mis penas y desventuras.
¡Camará con el capricho!
¿Qué culpa tiene la luna?*

*Su hermana murió sin honra,
su madre en el hospital.
¡No digas más! ¡Pobrecitas!...
¡Jesús qué pena me dan!*

*El suspiro dice: «Ansío»;
el beso dice: «Te quiero»;
y yo al besarte decía:
—¡Ay, hija, qué dulce es eso...!*

MORENO.



ESTÍO

¿Qué ojillos? ¡Ojazos!

Novela corta por J. F. LUJÁN

V

No se ha puesto lo del tiro, como si se tratase de una interrupción muy en boga tratándose de novelas por entregas. El disparo se hizo: y es claro que para ello la mano de un brazo extendido apretó el gatillo del arma, y que la tal mano tuvo que obedecer á un impulso de odio, de ira... Además, en un país como el de España, hay muchos pueblos como el de Roquesuna, donde impunemente pueden dispararse pistolas, escopetas... y aun trabucos, no á las tantas y cuantas, sino á las primeras horas de la noche.

En esta ocasión, por fortuna, y según se ha visto, quedó frustrado el crimen. Lucino salió, conforme reza el parte de los periodistas y de los agentes de la municipalidad, ileso. El autor de la salvajada no fué habido, también ateniéndonos al patrón, ni buscado.

Lo único que pudo despertar emoción en este drama íntimo, y que conmovió efectivamente el ánimo del novio, fué la actitud de Inesilla: actitud de hembra herida, recelosa, salvaje, desenvuelta; y actitud que la defendía y amparaba contra no sé qué pecado de impudor sublime.

—Sí, sí; ¡canalla!... Sé quién es... ¡anda, ponte delante, Silvestre! ¿Tú no sabes quién es Silvestre? ¿No sabes tú por qué te ha disparado? Pues sí, sí, es él; ¡canalla!... ¡granuja! Pero ¿es cierto que no estás herido? ¡Ay, mi hombre!

No tuvo tiempo Lucino de contestar: nerviosa y rápidamente, se expresó Inés, y todo ello en el espacio preciso para que su madre, dentro de la casa, diese voces importunas y Pancho Pérez, que se hallaba muy entretenido dentro de la cocina, al amor de la lumbre, con un *solitario* rebelde, pudiera presentarse acompañado de su cónyuge, en el lugar de la acción, á interrumpir escena tan conmovedora.

—¿Conque es *verdá*, la pura *verdá*, que ha *resuzitao* Espartero? ¡A ver, que me traigan el gorro *frígido*! ¿Hay *barricás* en la esquina? ¡A ver, que con los años no distingo! Tráeme tú, Mariquita, la escoba y un trapo cualquiera.

Erase, el que así hablaba, hombre maduro, de edad indefinida, pues pareciendo viejo, manteníase tieso como un palo y fornido como un joven; algo seco parecía, pero lo alto de su busto y lo recio de su musculatura le daban un aspecto singular. Su cara afeitada, aunque la sombra del pelo marcaba en ella una especie de tiznón, bonachona, sonriente, en ocasiones muy cuca, hacía en extremo agradable y simpático.

—Lo que *tié osté* que hacer, padre, es *gorverse* á la musa de sus cartas.

—Yo no me *güervo*, chiquilla, sin saber quién ha *soltao* el tiro y cuántos contusos hay.

—No hay más contusos que este paraguas,—contestó Lucino, mostrando el chisme.—Mire usted por dónde, *zeñá* Mariquita, yo que no he comprado nunca un mueble de éstos, tendré que buscar el más fino y el menos



—Ya... ya es mío.

AVES NOCTURNAS



—Mira, Marcelita, recógete un poco más la falda, porque, al fin, nos va á tomar por personas decentes.

que tanto regocijaba á las gentes de Roquesuna de los Pescadores, murmuró:

—Además, me he *enterao* de que nuestro vecino *quíe* regalarte un paraguas á ti, y un retrato á Inesilla, y tengo, por tanto, que decirle unas palabritas al oído. Tampoco sé lo que es ese Club, y me gustará ver si se parece á aquel en que, veinte años atrás, me llamó Espartero, poniéndome la mano en el hombro: «¡ciudadano...!»

Metieronse Pancho Pérez y la *zeñá* Mariquita en casa, porque la última quiso que no se echara su hombre á la calle sin ir bien forrado, no sucediera que aquella extraordinaria escapatoria quebrantase su salud, y entre tanto, rogando Inesilla á Lucino que se resguardase en el obscuro zaguán, le suplicó amorosamente:

—No digas palabra á don Lucas. Quiero arreglar yo esta cuenta con ese cobarde. Es mejor, y ya te lo explicaré mañana. Con mi padre no te franquees demasiado. Cautívale, sí, pero no sueltes prenda. Dime: ¿es verdad, mucha verdad que me amas?

Lucino le tendió los brazos y la apretó con ternura sobre su pecho: Inesilla se dejó acariciar. De pronto, rechazándole, exclamó:

—Bien, sí, ya sé que me amas, y me amarás porque yo lo quiero, y porque, queriéndolo, no podrás resistir el mandato de mis ojos; pero... la verdad, siempre la verdad: ¿me amas... me amas más que á la otra?

inútil que tenga *Maolo*. Usted, señor Pérez, ¿no tendrá celos si yo hago este obsequio á su mujer?

—¡Hombre, me gusta *osté* por lo campechano! ¡Ya *pué osté* cargar, si gusta, con *toa* la tienda de Los Ingleses; y si no *tié osté* prisa, pase *pa drento*: tengo un vino *zuperió*; echaremos un mus; aquí se está mal; *paece* que *s' ha helao toa la azmófera*!

Lucino se excusó, pretextando que tenía que poner en conocimiento del juez D. Lucas, su amigote, la agresión. Le encontraría en el Club.

—Lo más cómodo es que usted se eche la capa encima y se venga conmigo: allí cenaremos, y en lugar del tinto que usted me brinda, beberemos Santerne, que calienta los corazones, y *champagne* de la *veuve* Clicquet, que alegra los cerebros.

—¡Quia! — interrumpió *zeñá* Mariquita. — ¿Que *osté ze* lo lleva? ¡quia! Hace diez años que no trasnocha.

—Déjelo, madre; bueno es que, al cabo de tanto tiempo, eche una cana al aire mi viejo; además, este señor no irá solo, expuesto á una tentación y á ser víctima de una mano traidora.

—¡Déjame, mujer; así se nos irá el mal humor de esta noche tan perra!

Zeñá Mariquita tuvo que transigir, sobre todo cuando Pérez, con aquel gracejo tan suyo, y

(Continuará.)

DE VENDIMIA

Mientras del sol poniente los resplandores
tiñen el horizonte de luz incierta,
cual adiós de la tarde, se alza en la huerta
la dulce apasionada canción de amores.

Una fiesta es de alegres vendimiadores
que, al escuchar del alba la voz de alerta,
volverán á la ruda noble reyerta

donde triunfan los pueblos trabajadores.

Tiene plácido ambiente de poesía,
restaurando las fuerzas que gastó el día,
la merienda servida bajo la parra.

Y la bella huertana de ojos de fuego,
con un hondo suspiro responde al ruego
que palpita en las cuerdas de la guitarra...

RAFAEL OCHOA.

SURSUM CORDA (1)

... En estas horas
de febril inquietud, ¿quién, Patria mía,
merece como tú la pobre ofrenda
de mi respeto y de mi amor? Postrada
en los escombros de tu antigua gloria,
la negra adversidad, con férrea mano,
comprime los latidos de tu pecho
y el aire que respiras envenena.
Como tigre feroz clavó sus garras
la catástrofe en ti, y en tus heridas
entrañas sacia su voraz instinto.

¿Quién, al mirar tus lástimas, no llora?
¿Puede haber hombre tan perverso y duro,
ni aun concebido en crapulosa orgía
por hembra impura, que impasible vea
morir sin fe, desesperado y solo,
al dulce bien que le llevó en su seno?
¡No existe, no!

Perdona si movido
por la ciega pasión, allá en lejanos
y borrascosos días, cuando airada
mi voz como fatídico anatema
tronó en la tempestad, quizás injusto
contigo pude ser. Pero hoy, que sufres,
hoy que, Job de la Historia, te retuerces
en tu lecho de angustia, arrepentido
y llena el alma de mortal congoja,
acudo ansioso á consolar tus penas,
á combatir con los inmundos buitres,
ávidos del festín, que en torno giran
de tu ulcerado cuerpo, y si lo mandas,
¡oh noble mártir!, á morir contigo.

¡Sursum corda! ¡Elevad los corazones,

hijos nacidos de mujer! La senda
es escabrosa, pero no infinita.
Cuando os deslumbre el sol, cuando os ofenda
el furor de los recios aquilones,
cuando sintáis la voluntad marchita,
alza el alma á Dios. Su seno abierto
para todos está como la tienda
que el árabe levanta en el desierto.
¡Alza el alma á Dios tres veces santo,
que sin fijarse en condición ni en raza,
con su cerúleo y estrellado manto
á todos nos cobija y nos abraza.
El los humanos derroteros traza,
y cuando con la vida transitoria
nuestra angustiosa incertidumbre cesa,
para ascendernos á mejor estado
y ceñirnos el lauro de su gloria,
en su justa balanza sólo pesa
lo que hemos padecido y trabajado.
¡Nadie en estéril ocio se consuma!
Para que fructifique la simiente,
abramos con la reja y con la pluma
los surcos de la tierra y de la mente,
pues cuando á la labor que nos señala
hora por hora el cielo, damos cima,
subimos un peldaño de la escala
que á la Ciudad de Dios nos aproxima.
Y si del pedernal que es infecundo
saca el golpe la luz, ¿no alcanzaremos
con esfuerzos constantes y supremos
la prometida redención del mundo?
Todo trabajo es oración. Oremos.

NÚÑEZ DE ARCE.

(1) Fragmento del último poema publicado por el ilustre autor de los «Gritos del Combate».



Copyright 1900 by Brown, Clendenen & Co.

Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Correspondencia de España, La Elegancia, La Lidia, La Caza Ilustrada, Miscelánea, El Tío Jindama, y Heraldo Taurino.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

DENTADURA. Siempre sana, siempre limpia, siempre perfumada, con el *Licor del Polo de Orive*, el mejor, más agradable y más barato dentífrico. 6 reales frasco.

—¿Cuál es el primer Sacramento?
 —El bautismo.
 —¿Y el segundo?
 —No lo sé.
 —Sí lo sabe usted. ¡Lo que se administra al niño después de bautizado!
 —¡Ah, sí: la vacuna!

REUMA. Se alivia siempre á la 1.ª untura y se cura seguramente con el *Bálsamo antirreumático de Orive*. 2 pesetas frasco; farmacias. Exigirlo de color verdoso.

Unos te llaman hermosa;
 otros, preciosa mujer;
 otro te llama hechicera...
 y es que no te miran bien.

Correspondencia

por CLAK

G.—Está usted equivocado. La mujer no es una recta. O no ha estudiado usted geometría ó no ha estudiado usted á la mujer. Es verdad que, según ustedes, para escribir no hacen falta las matemáticas, y, si mucho les apuran, ni el sentido común.

P. Dante.—Mire usted: ése es un pseudónimo que le sienta á usted muy mal. Precisamente lo que escribe me gusta, y no asoma ni en una sola frase la pedantería. Se publicará.

R. M.—Se publicará también.

S. N. R.—¡Caramba, estoy de suerte! ¡Es muy hermoso el trabajo de usted!

Quintins.—En cuanto á su «égloga», no quiero guardarla ni respetar el turno. Es preciso que la saboree el público en seguida. Allá va:

«Del sol en la ignea esfera
 con un lente ahumado vi,
 primero una sombra, después un borrón,
 más tarde á ti
 y ¿cómo dirás que te vi?
 pues te vi como un melón,
 no, miento, que era una hormiga
 tan grande como un melón...»

¡Vamos á dejarlo en lo de melón? Porque los lectores van á pensar que lo que usted veía era su propia imagen.

GARANTÍAS DEL LICOR DEL POLO: 31 años de existencia con ventas verdad, comprobadas, de más de mil frascos diarios solamente en España. Entre todos los dentífricos extranjeros juntos no venden en España la décima parte. El más agradable, más higiénico y más barato de los dentífricos. Premios en Viena y París. Primer premio IX Congreso de Higiene. El antiséptico más eficaz y el único que conserva sana la dentadura hasta la más avanzada edad. Hecho testificado por dos generaciones.

T. M.—¡Dale bola... ó bolo! Sí, señor; hay versos octosílabos de los grandes maestros, que, contados por los dedos, tienen nueve y diez sílabas; pero es porque usted prescinde en su cuenta de vieja de las sinalefas; haga de dos sílabas que terminen y empiecen con vocal una, y le saldrán las ocho redondas. Y ahora un consejo: hará usted bien en no utilizar estas licencias, y mejor aún en convencerse de que no le ha llamado á usted Dios por el camino de la poesía.

S. F.—Bueno.

Harhe.—Si reformara usted el final, purgándolo de asonantes, y dándole otro giro con otro pensamiento, puede.

Demetrio.—Es inútil.

P. M. H.—Que es usted un gran admirador de Tolstoi, y que le ha leído, y aun estudiado mucho, se ve á la legua; pero que todo eso le autorice para imitarle, no es verdad. Siga usted reverenciándole en silencio.

F. A.—

«SONETO»

«La flor que tu me has regalado
 en el ojal la he estrangulado...»

¡Florícida! Yo creo que nuestro código es deficiente; faltan en él algunos artículos contra los poetas

T. D.—Yo puedo asegurarle á usted que eso no ha llegado á mis manos.

Moro.—Saldrá el día del juicio, un poco antes de que empiecen las trompetas su terrible sinfonía.

Q. Q.—No es que yo me oponga: se oponen sus mismos versos, que le hacen traición.

«De la inmensa lejanía
 que los montes frígidos coronan
 viene un rayo de alegría,
 que los ángeles alados se revuelven y se asoman
 en confusa algarabía...»

Eso no es una algarabía de ángeles, sino una algarabía infernal.

Romo... T. V. N.—*Solitario*.—P. P. P.—A. L.—S. M. E.—No les puedo complacer.



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

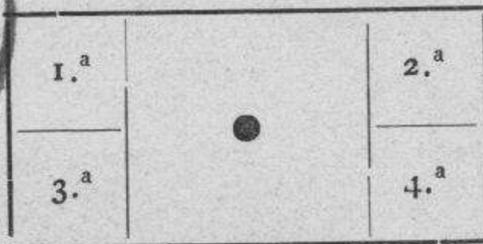


Charada

Por si era *prima segunda*,
 por si le doy un *dos prima*,
 armaron un *prima terciu*
 y una gran algarabía
 dos jovencitos imberbes
 que estudiaban medicina,
 en la calle de mi *Todo*
 (poeta de gran valía).
 Y ¡claro! la has acertado;
 ¡si es la charada sencilla!...

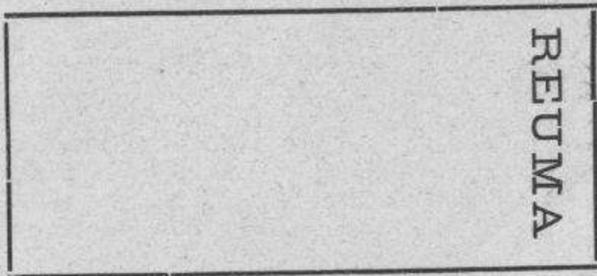
MORENO.

Salto de pulga



- 1.^a 2.^a Tiempo de verbo.
 - 1.^a, 4.^a Parte humana.
 - 1.^a, 3.^a, 4.^a Paseo.
 - 3.^a, 4.^a Producto animal.
 - 2.^a, 2.^a Tiempo de verbo.
 - 4.^a, 4.^a Adjetivo.
 - 3.^a, 2.^a Tiempo de verbo.
 - 1.^a, 3.^a " " "
 - 1.^a, 2.^a, 3.^a, 4.^a Parte de un mueble.
- JULIA ARIAS.

Jeroglífico comprimido



M. ESCRIBÁNEZ.

Incógnita

- * A * * Animal.
- * E * * Tiempo de verbo.
- * I * * Nombre de mujer.
- * O * * Adjetivo.
- * U * * En los viajes.

Combinense tres letras que, siempre en el mismo orden y leídas con las fijadas, digan lo que se expresa en cada línea.

P. LUQUÍN.

Cuadrado

* * * *
 * * * *
 * * * *
 * * * *

Sírvase usted substituir las estrellas por letras, á fin de que pueda leerse lo siguiente: 1.^a, parte del cuerpo; 2.^a, tiempo de verbo; 3.^a, hortaliza; y 4.^a, lugar de Oviedo.

I. TESNOP.

Logogrifo numérico

- 1 2 3 4 5 6 7 8 9 En la religión.
- 3 2 1 7 7 3 4 3 Fruta.
- 5 3 2 8 7 3 4 Ave.
- 2 8 9 7 8 9 Instrumento de cuerda.
- 7 7 3 5 3 Enfermedad.
- 7 6 9 4 Nombre de varón.
- 2 4 3 Id. de mujer.
- 7 3 Nota musical.
- 1 Vocal.

K. MARÁ.

Soluciones á lo insertado en el número 533

CHARADA.—Mariposa.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Camilo parte para Lima.

FUGA DE SÍLABAS:

Para que entendiese el hombre
 lo que debe ser la gloria,
 hizo Dios del mismo cielo
 á la mujer española.

Dotres.

CRUZ LATINA:

A E
 L M
 A L B I N A
 E M I L I A
 N I
 A A

CUADRADO:

R A N A
 A M A R
 M A D A
 A R A R

LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Salmerón.

Prohibida la reproducción de los originales de este número



LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia
 al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

- España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
- Año. 11 "
- Extranjero y Ultramar, un año. 17 "
- Número corriente, 20 céntimos.
- Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.



LA SAETA.



CARNAVAL

20 cènts.

Núm. 535

Novelas publicadas por el Administrador de "LA SAETA"

LA MUERTA VIVA ó EL SEPULCRO MISTERIOSO, por Leandro García Merino.
Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio, 4 pesetas.

Novelas ilustradas á 2 reales tomo

EL HIJO DE LA NIEVE ó LOS PERROS DEL MONTE DE SAN BERNARDO.
LÁZARO EL MUDO ó EL PASTOR DE FLORENCIA.
LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.
LA EJECUCIÓN DE UN VERDUGO.
ENRIQUE DE LAGARDERE ó EL JOROBADO.
LOS HUÉRFANOS DEL PUENTE DE NUESTRA SEÑORA.
CORPUS DE SANGRE ó EXPIACIÓN.

LA CHOZA DE TOM ó EL MARTIRIO DE LOS NEGROS.
VALENTÍN EL GUARDACOSTAS ó UN CRIMEN MISTERIOSO.
LA ESPOSA MÁRTIR ó LA HERMANA DEL CARRETERO.
ZAZÁ, MIMÍ Y C.ª
EL TENORIO DE BELCHICHE.
ENTRE NIÑAS Y BRIGADIERES.
LULÚ.

Biblioteca económica á 20 céntimos tomo

LA PLEGARIA DE AMOR.
LA HIJA DE LA MUERTA.
EL MÁRTIR DE SU CULPA.
CORAZÓN DE MADRE.
LA CARIDAD DE UN ÁNGEL.
ABANDONADA EN EL MUNDO.
CALVARIO DE AMOR.
MAL PADRE Y BUENA HIJA.
CORAZÓN EN LA MANO.
EL SUPPLICIO DE UNA MUJER.
EL PERDÓN DEL MARINO.
LÁGRIMAS DE HIELO.
EL REY DE IMERECIA.
EL CUENTO DE MARÍA.

PRESA DEL DIABLO.
ANDRAJOS Y DIAMANTES.
ENRIQUETA.
UN MOZO APROVECHADO ó LA ORFANDAD POR HERENCIA.
LA CRUZ DEL MONTE.
EQUIVOCACIÓN FATAL.
MUJER Y ÁNGEL.
FLORES DEL ALMA. (2.ª parte de «Mujer y ángel».)
EL RECUERDO DE GLORIA.
EL SUEÑO DEL ARTISTA.
POBREZA Y VIRTUD.

Sección científico-recreativa á 20 céntimos tomo

Esta interesantísima Biblioteca la forman **cuarenta tomos** con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series, se refieren, por el CAPITÁN WARTHON, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos por las cinco partes del mundo:

- Serie 1.ª TRES ESPAÑOLES EN AUSTRALIA (4 tomos).
» 2.ª LOS NÁUFRAGOS DE «EL ELTHEN» (5 id.)
» 3.ª LOS HIJOS DEL MARINO CRAMMER (6 id.)
» 4.ª AVENTURAS DE UNA MUJER EN CALIFORNIA (6 id.)
» 5.ª LOS MISTERIOS DEL ÁFRICA (5 id.)
» 6.ª UN DRAMA EN UN GLOBO (4 id.)
» 7.ª LA VUELTA AL MUNDO EN BICICLETA (10 id.)

ACTUALIDADES

VIAJES AL PAÍS DE LOS BOERS, por el capitán holandés VON DE LA ROC.
Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la actual campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.

El precio de cada cuaderno es de **20 céntimos**.

EL PALUDISMO, por A. GIL Y MORTE, catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—
Precio: **Una peseta**.

Los pedidos de estas obras para provincias, al Administrador, **D. Román Gil, Balmes, 86**.
En Barcelona, Rambla del Centro, **Kiosco núm. 3**.
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.—D. Antonio Ros, Victoria, 3, Centro de periódicos.